

Fulanita de Tal no era una mujer del montón. Su madre siempre se lo repetía, mientras lavaba los cacharros en la cocina. “Mira Fulanita, tu padre y yo te estamos pagando unos estudios para que llegues a ser alguien, así que a hincar los codos”. Y Fulanita se iba a la habitación con un mohín de enfado enroscado en sus labios. Ella hubiera preferido llamarse de otro modo. Pensaba que el nombre de Fulana podría llevar a equívocos, y por eso desde pequeña siempre puntualizaba cuando en clase pasaban lista.

“De Tal Bellavista, Fulana”

“No señorita, me llamo Fulanita”

“Aquí dice Fulana de Tal Bellavista”,

“Ya, pero yo prefiero Fulanita, es mi nombre, ¿o no?”

“Fulana de Tal! No sea impertinente”.

Y seguían llamándola Fulana de Tal Bellavista. Por lo menos pudo conseguir que sus dos mejores amigas le llamaran Nita, un apodo mucho más convencional que aquel dichoso Fulanita de Tal. Rebeca Rota, que también sufría por el gracioso nombre que su padre había elegido para ella, le decía que no se preocupara porque peor era lo suyo. Y que además, había muchas más Fulanitas de Tal, porque su madre conocía a muchas, y se lo contaba a todos sus amigos.

-Mira Nita, mi madre conoce a otra Fulanita de Tal, lo comentó ayer, dijo, Mira Ricardo, si Fulanita de Tal puede comprar un abrigo de visión, no sé vamos a ser menos”.

Sin embargo aquellas explicaciones le parecían más bien una gigantesca mentira de caridad. Porque que ella supiera en el barrio no existían más fulanitas de tal. Y en su familia tampoco. Su madre, sin ir más lejos, se llamaba Astrid Bellavista y su padre Nicodemo de Tal. Sus dos tías gemelas se llamaban Mirta Bellavista y Marta Bellavista, lo que daba lugar a unas confusiones más bien graciosas. Fulanita pensaba en lo diferentes que eran sólo por una vocal, pues sus caras eran iguales y sus ojos y sus narices y... El caso es que ninguno de la familia tenía un nombre tan aparatoso como el suyo.

-Otras en tu lugar estarían locas de contentas. Un nombre tan poco común seguro que es una premonición.

-Premonición, As –corregía el padre desde el salón.

-No, Nico, una premonición, porque Fulanita va lanzarse al estrellato como una bala.

De la misma opinión era el párroco del barrio. Aún recordaba el día del bautizo. Y se lo contaba a Fulanita cada vez que se encontraban en el parque.

-Mira Fulanita-le decía- aún recuerdo aquella mañana, cuando te bautizamos. Llorabas como una mala bestia, hijita. A mí lo de Fulanita me chocó un poco, pero tu madre me convenció en seguida: Mire pater, Fulanita llegará a ser algo en la vida, y no quiero que se llame ni Maria, ni Marta, ni ninguno de esos absurdos nombres que no nos dicen ya nada. Fulanita es ideal, rompe con todo, y sobre todo, ya lo tengo decidido. Además, va a juego con el apellido del padre, ¿no le parece? Y así te bautizamos, así que tienes que estar orgullosa, porque tu madre es una mujer, es, absolutamente, es excepcional, desde luego, es una mujer excepcional y quiere que tengas una vida mejor. Tienes que querer mucho a tu mamá, y sobre todo estar orgullosa de tu nombre.